

NUEVO PERFIL PARA EL ESTUDIANTE DEL SIGLO XXI

ESQUEMA DE LA UNIDAD

1. Introducción
2. Características del perfil del o la estudiante del siglo XXI
 - 2.1. Protagonista de su aprendizaje
 - 2.2. Autonomía en el proceso de aprendizaje
 - 2.3. Capacidad para dialogar y trabajar en equipo
 - 2.4. Capacidad de participación
 - 2.5. Motivación y fuerte autoestima
 - 2.6. Curiosidad e interés por la investigación
 - 2.7. Interés y dominio de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (TICs).
 - 2.8. Dominio de las técnicas y estrategias de aprendizaje

1. Introducción

Las últimas tendencias en educación y las nuevas demandas que los tiempos modernos plantean a ésta, exigen un nuevo tipo de estudiante. La Declaración Mundial sobre Educación para Todos, rescata y alienta, desde un consenso mundial, las teorías pedagógicas que se han esforzado por dar al "sujeto educativo" y a sus "aprendizajes" el lugar protagónico del proceso educativo a cualquier nivel.

Por otro lado, hoy se concibe la educación como un proceso que no se circunscribe a la escuela y al aula. No se aprende para la escuela, se aprende para la vida, y la vida abarca al ser humano en su totalidad evolutiva: la niñez, la adolescencia, la juventud, la adultez y la ancianidad. Hoy es necesario que la persona aprenda durante toda la vida y no únicamente en el tiempo y espacio de los años escolares o universitarios. Esto exige la viabilidad de aprendizajes autónomos y significativos, y la adopción de singulares estrategias de aprendizaje.

Actualmente se privilegia al sujeto educativo como el factor central e indispensable del aprendizaje, y a la persona educadora como la incentivadora y facilitadora. Concentrar en el aprendizaje el proceso educativo de los sujetos, supone un cambio importante en la concepción que se tiene del rol del estudiante: un sujeto creador y activo, centrado no solo en los resultados, sino ante todo en los procesos de aprendizaje.

Frente a los procesos de globalización y de conformación de los grandes bloques económicos, se requiere incrementar la capacidad competitiva del recurso humano de los países. Competitividad implica conocimiento, tecnología, manejo de información, pero, sobre todo, adquisición de destrezas y habilidades, desarrollo de la creatividad y del potencial para plantear soluciones a los nuevos problemas.

Ser estudiante hoy, insertarse en un proceso de enseñanza-aprendizaje a cualquier nivel, básico, de media o superior, exige replantearse las exigencias de los nuevos sistemas educativos, a fin de prevenir el fracaso y la desadaptación a estos. Los esquemas tradicionales de aprendizaje, basados en la recepción de conocimientos, la asignación del rol principal al profesor o a la profesora y la delegación de la responsabilidad en el aprendizaje a factores ajenos al estudiante, deben desaparecer.

Para que las personas tengan aprendizajes deliberados a lo largo de toda la vida, es prioritario que sientan el deseo de aprender y, sobre todo, que se capaciten y preparen para aprender a aprender; que adquieran las herramientas y estrategias que les faciliten esta ardua labor en los diferentes medios educativos en los que se encuentren, sean formales o informales. Aprender a aprender implica hacer énfasis en la actividad transformadora de la información por parte del alumno o la alumna, y en la importancia de la naturaleza individual y personal del acto de aprender. Según esto, la efectividad del aprendizaje vendrá dada no por el qué estudiar o aprender, sino por el cómo estudiar y aprender.

El o la estudiante, a pesar de tener que adaptarse a los nuevos enfoques propuestos por las reformas educativas, tanto en el ámbito básico como medio o superior, no ha contado con las posibilidades ni las facilidades para prepararse de forma adecuada para afrontar estos retos. Es un hecho que al profesorado se le ha preparado para enseñar su materia, pero no para enseñar al alumnado cómo estudiarla. Por eso, muchas veces deberá adquirir por su cuenta las herramientas y estrategias que le ayuden a desarrollar esta capacidad. En ese sentido, este libro pretende ayudar al estudiantado en esta tarea.

El o la estudiante del siglo XXI debe ser consciente de que debe asumir las exigencias que los nuevos tiempos le imponen y que vendrán canalizadas en enfoques

educativos específicos, en metodologías y objetivos requeridos por los nuevos planteamientos curriculares, que las reformas educativas plantean en la actualidad. Se hace necesario, pues, tomar conciencia de cuáles serían las características que debe poseer el o la estudiante del nuevo siglo, a fin de potenciar su desempeño académico futuro y evitar el fracaso y la frustración que resultan de esfuerzos y trabajos desorientados.

Aprender en una nueva sociedad

Vivimos en un momento histórico de cambio. La sociedad de la información y la globalización de un buen número de áreas y actividades están influenciadas por el impacto de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación. Dichas tecnologías han venido para quedarse, como un día lo hiciera el teléfono o la televisión.

En la actualidad, se es consciente de que hemos entrado a una sociedad denominada “era de la información”, “sociedad de aprendizaje”, “sociedad de las nuevas tecnologías”, etc. Para acercarnos a esa sociedad, uno de los principales retos es la adopción de técnicas orientadas fundamentalmente a potenciar la capacidad para aprender y actualizarse de forma continua y permanente.

Esta nueva sociedad se fundamenta en una ciudadanía emprendedora, dispuesta a buscar permanentemente nuevos recursos de información, nuevos conocimientos y nuevas habilidades para enfrentar el mundo cambiante. Las nuevas tecnologías que caracterizan a esta sociedad de la información



—desde la simple utilización de una computadora, hasta la navegación por Internet, pasando por los CD-Roms, la televisión digital, etc.—, nos permiten visualizar nuevos medios de acceso a la información y al conocimiento, pero también nos exigen nuevos tipos de aprendizaje, nuevas formas de construir el conocimiento.

Ahora bien, hay que ser conscientes de que “la disponibilidad de información no equivale a conocimiento, y el poder en que se apoya la nueva sociedad es precisamente el conocimiento que permite tomar decisiones ya sea en el ámbito personal, económico o social. Existen diferencias entre información y conocimiento: la información se compone de datos y acontecimientos, mientras que el conocimiento se relaciona con la comprensión y el significado que se da a la información, de ahí que el reto de esta era de la información para McCarthy, (1991), se puede definir como creación del conocimiento a partir de la información” (Gómez y Molina, 2000).

Como estudiante del siglo XXI, hay que adquirir la capacidad para adaptar el aprendizaje a este tipo de sociedad. Un aprendizaje que posea las características relevantes siguientes.

- El aprendizaje como *proceso*, frente al enfoque de *producto*. La diferencia radica en centrarse en los contenidos, en el conjunto de información por memorizar o en la construcción del conocimiento, o sea, en aprender a aprender. Ya no se da un valor absoluto a la adquisición de determinados contenidos.
- *Potenciar la capacidad para aprender y pensar*. Ha predominado el pensamiento lineal caracterizado por la aceptación incondicional del conocimiento enseñado. Hoy se potencia el pensamiento independiente, que facilita la reflexión y el sentido crítico ante las distintas fuentes de información.

- *Flexibilidad en el proceso de aprendizaje.* Se potencia la autonomía y responsabilidad del estudiantado y el aprendizaje cooperativo o grupal. Hoy se hace énfasis en el ritmo y en el proceso del alumnado, más que en dar importancia a la asignatura y a los contenidos.
- *La persona como base del aprendizaje.* Hoy se resalta el carácter experiencial del aprendizaje que conlleva implicación, compromiso y responsabilidad del estudiantado. De ahí que se priorice la autoestima como generadora de resultados positivos.

Termino esta referencia a la nueva sociedad con la cita de Hunt (1997): “Desarrollar su capacidad de aprender, quizá sea el compromiso de desarrollo más importante que puede hacer una persona del siglo XXI. De ahí que aprender a aprender se vaya a convertir rápidamente en la habilidad número uno del siglo XXI”.

Es evidente que el perfil profesional del alumnado y del profesorado se va haciendo cada vez más complejo y exigente.

2. Características del perfil del o la estudiante del siglo XXI

2.1. Protagonista de su aprendizaje

Los fundamentos curriculares de la educación nacional de nuestro país (1994) destacan que la o el estudiante es el actor principal, protagonista y constructor de su aprendizaje, lo cual, por su naturaleza, es intransferible. Considera al aprendizaje como un proceso personal. El o la estudiante se constituye en el centro del proceso y el maestro o la maestra desempeña un rol de facilitadora y guía de estos aprendizajes, quien debe ante todo enseñar a aprender.

Creo que todavía existen muchos y muchas estudiantes que quisieran asistir a clase y escuchar las largas lecciones de sus maestros y maestras, copiar lo que ellos y ellas dicen, leer lo que ordenan y reproducir el discurso

en un examen preparado previamente con largos y detallados cuestionarios. Por eso es común oír a estudiantes quejarse del profesorado, de las instituciones educativas, de los actuales sistemas educativos, etc. Parece que no han entendido que el saber lo construye el alumnado, que los conocimientos no se los van a transmitir agentes externos, que él es quien —a través de su interés, motivación, voluntad de querer aprender y poniendo en práctica ciertas estrategias— va a lograr los objetivos del aprendizaje y de formación propuestos.

Lógicamente esto exige que el estudiantado asuma un rol activo y crítico en el aula o en cualquier otro medio donde se construya el aprendizaje. Se aprende desde los conocimientos previos que posee el alumnado, desde las experiencias vividas, desde las necesidades y los intereses personales, no únicamente desde la figura y pedagogía de un profesor o una profesora. El o ella seguirá siendo importante, al igual que lo serán los textos y las experiencias de aprendizaje que se nos faciliten. Pero el estudiante debe convencerse de que el único e irremplazable interesado en su aprendizaje debe ser él mismo; que ni los padres, las madres, maestros o maestras, funcionarios educativos se beneficiarán con dicho aprendizaje como lo hará el sujeto mismo. Por tal motivo, hay que asumir un rol protagonista en este proceso. Hay que mirar hacia adentro: capacidades, habilidades, deseos, motivaciones, etc. que poseemos, ahí está la clave del aprendizaje.

Ser protagonista significa, pues, asumir el rol principal, autorresponsabilizarse, no delegar en otros. El estudiantado que se convierte en protagonista de su aprendizaje siempre está activo, construye significados, aplica técnicas y estrategias de estudio y de aprendizaje, interroga y cuestiona constantemente; asume, en pocas palabras, la responsabilidad de aprender, no espera que le enseñen, que le digan qué es lo que saldrá en el examen. No se

puede ser protagonista por ratos; el alumnado no puede delegar el proceso de aprender a otra persona; antes hemos dicho que es un acto personal. Mientras no haya protagonismo, no existirá un aprendizaje deliberado y significativo; mientras no haya protagonismo por parte del estudiantado, éste culpará con mucha facilidad a los demás por los fracasos y, lo que es peor, jamás se podrá atribuir a sí mismo un éxito o triunfo académico.

El protagonismo en el acto de enseñar es del profesor o la profesora; el protagonismo en el acto de aprender corresponde al alumnado. El protagonismo es señal de madurez; por ello, en la medida en que seamos protagonistas, llegaremos a ser autónomos e independientes en el proceso de aprendizaje, una de las metas más importantes de todo sistema educativo.

2.2. Autonomía en el proceso de aprendizaje

Los sistemas tradicionales de enseñanza, aplicados hasta ahora en la mayor parte de los centros escolares, han ido conformando un tipo de estudiante más pasivo, más receptor de conocimientos, más dependiente de la figura del profesor o la profesora, quien se constituía en el centro de la clase. Hoy existen indicios de que la educación desea que los centros formales de aprendizaje se conviertan en centros para aprender a aprender y para reaprender lo aprendido.

En este sentido, el o la estudiante del próximo milenio debe adueñarse, más que de conocimientos y resultados, de procesos, procedimientos y estrategias; debe desarrollar sus habilidades y competencias. El simple conocer no nos da garantías de hacernos personas, de ser nosotros mismos o nosotras mismas; esto debe ir acompañado del conocimiento de los propios recursos o capacidades, de los propios procesos de aprendizaje, del dominio de la realidad a través de la capacidad de poder estructurarla por nosotros mismos o nosotras mismas. Hoy no basta

con conocer cosas, con repetir lo que se enseña-aprende; debemos adquirir una actitud de búsqueda, de selección de tratamiento de la abundante información que existe.

A medida que el o la estudiante se acerca a los niveles de enseñanza secundaria y superior, debe ir adoptando un enfoque más profundo respecto al aprendizaje. Esto significa tener el grado de motivación suficiente para querer aprender, dominar las estrategias de aprendizaje, tener un conocimiento suficiente del propio proceso de aprendizaje (metacognición, del cual se hablará en la Unidad III) y ser capaz de realizar la sistemática autoevaluación de sus logros.

Lo que más servirá en el futuro al alumnado será la autonomía personal, la capacidad de cambio y la habilidad para utilizar los recursos que posee en el momento en que los necesite. Hay que aprender a aprender sobre tres aspectos: las estrategias, la evaluación y el análisis de los propios logros y cierto conocimiento sobre los procesos de aprendizaje. Con ello cada alumno o alumna podrá conseguir la transformación de la información, utilización y búsqueda óptima de las informaciones que necesite. Será autónomo o autónoma en el aprendizaje.

En síntesis, el o la estudiante de hoy y del futuro debe desarrollar la conciencia de los propios procesos de pensamiento, de modo que pueda guiarse con mayor autonomía y sin excesiva dependencia de los estímulos externos: calidad de docentes, condiciones del aula, estructura del currículo, clima social de la clase, etc. Procura realizar su actividad de aprendizaje en un diálogo constante consigo mismo o consigo misma y con una gran libertad interior: ¿Qué hago? ¿Cómo lo estoy haciendo? ¿Habrá otra forma mejor...?

2.3. Capacidad para dialogar y trabajar en equipo

Cuando la enseñanza se centraba en el profesor o la profesora y la adquisición de conocimientos, la actitud esencial era la obediencia, la asimilación acrítica de lo enseñado y la pasividad ante el proceso de aprendizaje. Hoy, ante los cambios en los enfoques pedagógicos, el alumnado debe desarrollar una gran capacidad para escuchar, una sensibilidad fina ante lo que le rodea y una gran creatividad, porque el saber se construye, individualmente y en grupo.

Hoy se requiere que el estudiantado posea un gran respeto y tolerancia, unido a una gran capacidad crítica, por la otra persona, por su opinión y aportes. Las metodologías participativas implementadas en el aula llevan, a través de preguntas divergentes, a estimular la constante actividad mental del alumnado y a expresar sus ideas. El trabajo de investigación y los trabajos de campo exigen frecuentemente el trabajo en grupo. Carecer de la capacidad para organizarse y asumir responsabilidades con los compañeros o las compañeras de trabajo es, en cierta forma, condenarse al fracaso y a la frustración en este tipo de actividades, tan frecuentes en un enfoque constructivista del aprendizaje.

La capacidad para dialogar y trabajar en equipo exigirá al alumnado el respeto a la diversidad, estar abierto a las diversas soluciones y opiniones y ser flexible. Además, hay que ser capaz de valorar la participación de los demás. Negarse a recibir o considerar el aporte de los compañeros o las compañeras es perder la oportunidad de contrastar las ideas propias y de construir nuevos significados desde otras perspectivas.

2.4. Capacidad de participación

En el punto anterior se señalaba que los nuevos enfoques didácticos estimulan la participación del alumnado.

Sin duda alguna, en la actualidad, para ser un buen o una buena estudiante necesitamos involucrarnos constantemente en el proceso de enseñanza-aprendizaje; es decir, se debe estar activo y activa mentalmente de forma constante y ello implica una actitud agresiva externa de participación: cuestionamientos al profesor o la profesora, reacciones a las opiniones de los demás, postura crítica ante lo que dicen los textos, etc.

Ahora bien, ¿qué implicará esta capacidad de participación activa en un contexto de aprendizaje formal? Martínez (1995) plantea siete exigencias para el alumnado:

- Conocer y seguir las normas para el funcionamiento personal o de la clase.
- Valorar y respetar la normativa, percibirla como una ayuda personal y grupal, interiorizándola y haciéndola nuestra.
- Desarrollar una actitud crítica: estudiar las situaciones, enjuiciarlas, descubrir los valores y los contravalores para adquirir la capacidad de elaborar principios.
- Colaborar en las discusiones o proyectos.
- Aceptar las decisiones del grupo, las normas y los objetivos propuestos. El bien común no siempre coincide con el interés de cada uno o cada una, pero una actitud democrática exige anteponer aquél.
- Trabajar en grupo autorresponsabilizándose de las propias funciones y valorando el aporte de los demás.
- Respeto a la diversidad y verla como una riqueza y no como un obstáculo para construir la verdad, los saberes, etc.

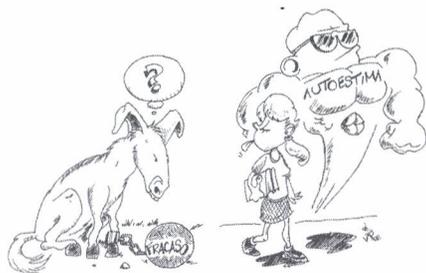
2.5. Motivación y fuerte autoestima

El interés por el estudio y el deseo de aprender es una de las condiciones indispensables para aprender siempre. A veces, el potencial de nuestra capacidad queda anulado porque no existe la ilusión y la necesidad de aprender. Hoy más que nunca, el estudiantado necesita tener muy claro para qué y por qué estudia, qué utilidad tendrá para su vida lo que está aprendiendo.

En este sentido, la motivación está en uno o una, no hay que esperarla del exterior, porque las metas y los objetivos en la vida son personales y el significado de lo que uno o una aprende está en relación con las experiencias y necesidades individuales. Las motivaciones de desarrollo personal son propias e intrínsecas. La motivación intrínseca es el verdadero motor que sostiene un esfuerzo continuado en el estudio y que nos impulsa a superar los problemas. De ahí la importancia de la automotivación en el aprendizaje.

Motivación intrínseca y autoestima están íntimamente relacionadas. Las aspiraciones y metas están en función de la confianza que tenemos en nosotros mismos o nosotras mismas, de ahí que el éxito académico se construye sobre y desde la autoestima. El o la estudiante de hoy debe tener muy claro que, al igual que siempre, quien se rige desde dentro, quien no necesita de la aprobación de los demás y, por el contrario, busca la autovaloración en su interior, tiene recorrido ya una gran parte de su éxito académico.

La evaluación comparativa, en la educación actual, va perdiendo fuerza; la dependencia del profesorado va disminuyendo cada día y la función protagónica del aprendiz se



fortalece progresivamente. Necesitamos, hoy más que nunca, estudiantes muy seguros y seguras, con conceptos muy altos sobre sí mismos y sí mismas, con voluntad y deseos de aprender y con una actitud mental positiva hacia el estudio y el aprendizaje.

2.6. Curiosidad e interés por la investigación

Ésta es una característica muy relacionada con todo lo anterior, pero fundamental desde una perspectiva constructivista. El o la estudiante actual no puede conformarse con recibir conocimientos; debe, ante todo, ser capaz de generarlos. Para ello necesita tener una actitud constante de búsqueda y de superación que le permita generar nueva información, sistematizarla y estructurarla para hacer acopio del saber. No puede seguir siendo consumidor o consumidora de esfuerzos de otras personas, simple usuario o usuaria de los logros proporcionados por la ciencia ni repetidor o repetidora de las ideas de otras personas; debe ser consciente de su nuevo rol de constructor o constructora del saber y del conocimiento.

2.7. Interés y dominio de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (TICs)

La introducción de las tecnologías de la información y la comunicación en nuestras vidas es uno de esos muchos cambios que nos está tocando vivir. Estas afectan no solo al mundo en que vivimos, sino a la forma en que aprendemos a vivir en él. Estas tecnologías nos facilitan el acceso a la información y a la producción de conocimiento, nos prometen cambios en los medios y las formas de acceso a los mismos, y cambios en la forma en que interactuamos y dialogamos en el contexto del proceso enseñanza-aprendizaje.

Una o un estudiante del siglo XXI debe ampliar sus fuentes de información a través no solo de los recursos tradicionales, como la toma de notas en clase, el uso del

texto, la consulta a la biblioteca de su centro de estudios, sino mediante el acceso a una biblioteca actualizada virtual, la construcción de nuevos escenarios de aprendizaje, la creación de redes informáticas, la utilización de Internet para investigar y comunicarse con otros profesores, otras profesoras y estudiantes, para compartir conocimientos, etc.

Las nuevas tecnologías, lejos de apartar al alumnado del profesorado, pueden acercarlos. En este sentido, al estudiantado de hoy se le facilita, a través de las tecnologías de la información y la comunicación, prolongar su clase presencial, a través del contacto virtual con su profesor o profesora, y recibir una retroalimentación más continua y personal. La facilitación de la comunicación y del acceso a una información más amplia y actualizada, son las dos grandes ventajas que estas tecnologías ponen al servicio del estudiante de hoy. No hacer uso de ellas representa, sin lugar a duda, una gran desventaja para lograr competitividad en la sociedad del aprendizaje.

Como estudiantes, necesitamos integrar lo antes posible, a nuestro quehacer diario, las tecnologías de la información y la comunicación. Sin ser un fin en sí mismas, se constituyen en una herramienta más y muy útil para la construcción de nuestra autonomía como estudiantes y para tecnificar nuestro proceso de aprendizaje.

2.8. Dominio de las técnicas y estrategias de aprendizaje

Las exigencias de los nuevos contenidos, la entrada de nueva tecnología educativa y la complejización del estudio y del aprendizaje obligan al estudiantado a profesionalizar y tecnificar su estudio, si quiere tener éxito académico. Hoy no podemos seguir con las técnicas de ensayo y error, cuando ya se ha probado que existen una serie de estrategias que son eficientes y eficaces para muchos y muchas estudiantes, en diferentes contextos y con características muy diversas.

Es cierto que las estrategias no son una panacea, pero, ¿si todo el mundo se tecnifica y prepara, se actualiza e investiga nuevas formas de hacer las cosas abaratando costos de esfuerzo y de tiempo, por qué nosotras o nosotros, los y las estudiantes, no debemos hacerlo? No somos una especie rara; si queremos mayor eficiencia en el aprendizaje, tendremos que buscar nuevas alternativas y no seguir repitiendo esquemas de trabajo que han resultado comprobadamente ineficaces. Cada persona tiene un potencial de aprendizaje, ya sea latente o manifiesto; el punto crítico está en encontrar las formas para que se haga realidad; las técnicas pudieran ser, en este sentido, una ayuda excelente.

Aunque poseamos hábitos y estrategias que nos hayan funcionado en el pasado, abrámonos a nuevas ideas que pueden ser mejores o peores, pero que se constituirán en nuevas alternativas del proceso de aprendizaje en el que estamos inmersos. Todas las personas debemos aceptar el principio de la modificabilidad cognitiva y creer en la posibilidad de un mejoramiento cualitativo de nuestra capacidad para aprender, siempre que pongamos los medios.

Se podrían seguir enumerando otras características, posiblemente también útiles e importantes; sin embargo, si tratamos de desarrollar e incorporar a nuestro perfil de estudiante las que se han enumerado hasta aquí, tenemos muchas probabilidades de tener éxito en una tarea que no todas las personas valoran en su justo valor, dadas las exigencias de esfuerzo y de tiempo que implica la tarea del estudio y del aprendizaje.

Las unidades que siguen a continuación, te ofrecen la posibilidad de ir desarrollando este perfil requerido por los nuevos tiempos. La pregunta clave por responder a lo largo del libro es: ¿qué cambiar para aprender mejor? Intentémoslo y lo lograremos.